

LECCIÓN 08 - NOVENO

El problema del mal

Tanto la historia de la caída del hombre (Génesis 3), como la doctrina cristiana sobre el pecado original, preguntan de dónde viene el mal. El primer capítulo de la Biblia acaba con las palabras: «Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho» (Génesis 1, 31). Pero poco después nos habla de Adán y Eva que son expulsados del paraíso, de la muerte que entra en el mundo, de las mujeres que han de dar a luz con dolor, de Caín, que mata a su hermano Abel y de la maldad que aumenta en la tierra. Llega a tal extremo que Dios se arrepiente de lo que ha creado (Génesis 6, 5-8). Al mismo tiempo confirmamos en el Credo que Dios es omnipotente.

¿Cómo se explica esto? ¿Cómo Dios puede ser omnipotente e infinitamente bueno cuando hay tanta maldad en el mundo? Este conflicto solemos denominarlo «el problema del mal».

El problema del mal siempre ha preocupado a la humanidad, por no decir a varios de los autores de algunos libros de la Biblia, como Job y el Eclesiastés. Teólogos y filósofos han luchado con este problema durante toda la historia de la Iglesia. Para muchos ha resultado tan difícil que han dudado de que se pueda creer en Dios. Han resumido la bondad y la omnipotencia de Dios de la siguiente manera: si Dios es omnipotente, entonces no puede ser bueno, y si Dios es bueno, no puede ser omnipotente.

El problema puede parecer insoluble. Pero ¿qué queremos decir con «omnipotencia»? Si queremos decir que Dios es la causa de todo, el relato del pecado original y la doctrina cristiana de la expiación pierden todo sentido. La Biblia tampoco predica ninguna doctrina de esa clase. Desde el primer libro al último se habla de una fuerza en la existencia opuesta a Dios.

La Biblia constata que el mal sí existe en el mundo y que todos los seres humanos llevan el mal en su interior. Son ellos los que han creado guerras, enemistades y sufrimientos en la tierra. La Biblia habla de una fuerza opuesta a Dios. Son los seres humanos los que construyeron los campos de concentración, son ellos los que han empleado las bombas de napalm y de gas en las guerras. Metafóricamente se habla en la creación de la «serpiente». También se habla del «ejército de los espíritus del mal», de Satanás, que según la leyenda fue el más hermoso de todos los ángeles —Lucifer (el ángel

*El libro de las religiones . Autores: Jostein Gaarder. Victor Hellern. Henr Notaker . Traducción del noruego de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo. Editorial Sirueala.

de la luz)— a quien Dios precipitó a los infiernos por haberse opuesto a Su voluntad.

Se habla de una contrafuerza personal a Dios, el diablo.

¿Entonces Dios no es omnipotente al fin y al cabo?

Aunque todos sentimos el mal como parte de la vida humana, el cristianismo sostiene que un día el mal será vencido. No es verdad lo que muchos parecen creer, que Dios sea «más omnipotente» en el Antiguo Testamento, de lo que parece ser más adelante. Todo lo contrario: el mal, entiéndase como una fuerza personal o impersonal, está presente desde el principio.

Incluso la serpiente existía en el mundo antes del pecado original.

Pero el cristianismo predica la esperanza de «un nuevo cielo y una nueva tierra» donde «Dios estará presente en todos».

Podríamos decir que la omnipotencia de Dios —en el sentido «potencia única»— sea algo que se revelará en el futuro.

Sin embargo, el problema del mal ha sido para muchos la causa más importante de su rechazo del cristianismo. Es fácil decir que el mal un día será vencido. Pero ¿dónde estuvo Dios en Auschwitz? ¿Dónde estuvo en Hiroshima? El propio Jesús hizo la misma pregunta cuando colgaba en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Si preguntamos por el origen del mal o «de dónde viene el mal», tampoco el cristianismo tiene una respuesta clara. Pero un cristiano tal vez «constate que el cristianismo no es una colección de teorías sin contradicciones internas, sino que refleja una realidad fáctica con todos los enigmas intactos», como dice el novelista y obispo luterano sueco Bo Giertz (1905-1998).